

OLGA Y BENEDICTO

Breve historia de un desencuentro

Olga aceleró el trámite de cierre de la oficina. Lo había aprendido de un colega ya jubilado. Todo quedaba exquisitamente recogido, para a la mañana siguiente esparcirlo de nuevo por la mesa. Así el efecto era doble: mucho trabajo y plena eficacia. Era duro para una mujer mantener un puesto tan envidiado.

Recogió el bolso y, sin que nadie pudiera percatarse, pasó revista a su figura al pasar frente al espejo del recibidor.

Ya en la calle apresuró sus pasos de vuelta a casa. Era la media tarde.

Benedicto siempre había necesitado algo o alguien que le diera el último empujón. Vencer su apocamiento era una meta que se había propuesto muchas veces. Atrás quedaban otros intentos fallidos.

Aquel día tuvo una rara sensación que, con optimismo forzado, interpretó como “buenas vibraciones”.

En un alarde inusual, saltó de la butaca, desconectó el televisor y, al tiempo que cogía la americana, abrió la puerta de su apartamento para salir.

Ya en la calle apresuró sus pasos camino del café “La Concordia”. Era la media tarde.

El viejo café “La Concordia” estaba situado en el corazón de la ciudad. No había sucumbido al hilo musical ni a las máquinas tragaperras.

Mesas y sillas parecían adquiridas en anticuarios y los camareros, como que hubieran entrado en el mismo lote.

Una cabeza de alce, donación de un cliente cazador, presidía la sala en cuyas vitrinas se atesoraban multitud de *souvenirs* de todo el mundo. Estos objetos y el polvo que acumulaban atestiguaban la antigüedad del local.

Las mesas, dispuestas en hileras en forma de L con cuatro sillas cada una, estaban dos a dos enfrentadas. No se reservaban, pero los clientes habituales las tenían prácticamente asignadas; salvo invasión esporádica, que sólo se producía en contadas ocasiones, en las que sus titulares dejaban el terreno libre a los invasores y no acudían a “La Concordia”.

Tan sólo una mesa, al fondo del salón, junto a los urinarios importados de Inglaterra, donde escaseaba la luz, lucía un cartel de “Reservado” posado en ella. Nunca fue ocupada por su enigmático destinatario y, sin embargo, su reserva siempre fue respetada escrupulosamente, llegándose al extremo de impedir su ocupación por cualquier desinformado al que los feligreses presentes conminaban:

- ¡Oiga! ¿ No ve que está reservada?

Cuando no quedaban mesas libres se aceptaba, de buen grado, compartir la propia con el recién llegado, aunque fuera un desconocido.

De esto se jactaba el propietario quien, en su archisabido parlamento a quien tuviera el ánimo de oírle, siempre añadía:

-Como el nombre del local expresa, aquí estamos en pro de la camaradería universal.

Exentos de esta norma quedaban los escritores y músicos a los que se respetaba su intimidad amorosa con la pluma y el pentagrama. Era la media tarde.

Benedicto, tras empujar la pesada puerta de cristal, entró saludando a un camarero, al tiempo que le pedía lo de costumbre acomodándose en la única mesa libre, al lado de las vitrinas.

Colgó la chaqueta de la percha y recorrió el salón con la mirada. Era la hora en la que aire de tan espeso, más bien parecía niebla. Con olor a diferentes clases de tabaco entre los que destacaba el aroma vertido por la pipa, que no por la pluma, del señor de la gabardina, poeta tan sólo reconocido por los camareros y por algún parroquiano condescendiente.

Olga iba tan ensimismada, que no bajó de las nubes, donde tenía sus pensamientos, hasta después de que un conductor justiciero tratara de humillarla con reiterados toques de claxon por atravesar la calle con el semáforo en rojo. Miró en derredor y a la invitación del neón de “La Concordia” se coló en el local dispuesta a concederse un respiro, acompañado de café y suizo.

Giró sus ojos de izquierda a derecha. Repitió el reconocimiento en sentido inverso y, no encontrando mejor puerto, se dejó caer, más que sentarse, en la mesa dispuesta al lado de las vitrinas.

-¡Buenas tardes!

-¡Hola!

-¿Está ocupado?

-No, no. ¡Por favor!

-Hace una buena tarde.

-Sí, ya era hora de que el buen tiempo apareciera.

Tras el ritual, Olga solicitó al más joven de los camareros un café y un bollo, escudriñando a hurtadillas al otro ocupante de su mesa.

Al coincidir sus miradas, Benedicto bajó la suya sobre la novela que tenía en las manos, lo que a ella no le pasó inadvertido.

Habiéndose prolongado el silencio entre ambos y sin la excusa de la consumición, ya terminada, Olga empezó a entablar una conversación con aquel hombre educado, aunque de pocas palabras. Insistió con la meteorología y de ahí pasó, ante la exquisita atención de él, a contar superficialmente algunos aspectos de su vida, de su trabajo y aficiones, tratando de acertar con un tema que a los dos les interesara y rompiera el hielo.

Le preguntó acerca del libro que tenía abierto sobre el mármol de la mesa, logrando arrancarle un encendido panegírico del texto, de su autor y una defensa del tema que desarrollaba, que era sobre la ceguera, no precisamente la física, de los seres humanos.

Apreció en sus encendidos elogios un carácter cándido y sospechó que su apariencia ausente radicaba en su soledad.

-Ya somos dos –pensó Olga.

El tiempo, tan parsimonioso en otras ocasiones, se disparó de tal forma aquella tarde que tuvieron que despedirse camino de la salida, cuando ya los cierres eran accionados por los camareros.

Olga, de vuelta a su domicilio, observó el libro comentado en su encuentro al pasar por una librería. Aquella visión le hizo recordar aún más a aquel chico tan gentil con quien había compartido la tarde.

-Puede resultar- cruzó por su mente esta frase sin concretar su alcance.

Cogió el teléfono.....

Benedicto llegó al apartamento y dejó preparada la mesa para el desayuno de la mañana siguiente. Ni un instante dejó de recordar la bonita figura de aquella chica tan risueña, tan amable. Se durmió pensando que le gustaría volver a verla.

Sonó el teléfono.....

La mañana surgió brumosa para desencanto de quienes habían planeado pasar el día en la playa. El tiempo no había sido benévolo con los bañistas, hasta el punto de provocar la desesperación a los hosteleros de la costa que hasta el momento tan sólo sumaban pérdidas en sus cuentas.

Sin embargo era el día perfecto para dar un paseo cerca del mar sin las ruidosas muchedumbres de los días soleados.

Llegaron puntuales a la cita. El lugar de encuentro estaba cerca de la playa. A la puerta del bar se sentaba un hombre que fumaba ensimismado, acompañado por un perro tan indolente como su amo. Olga y Benedicto se dieron la mano e intercambiaron sonrisas con la mirada y sin apenas hablar se encaminaron hacia la orilla.

Benedicto comenzó a hablar sobre las noticias que había leído en el periódico, como suele hacerse para iniciar una conversación, pero Olga pronto la dirigió para que dejara de repetir lo leído y hablara de lo que sentía sobre aquellos asuntos.

La reseña más destacada del diario hacía referencia a los disturbios callejeros y la violencia. Él no comprendía ese ejercicio y abogaba por el entendimiento pacífico. Consideraba que los jóvenes estaban manipulados y que reinaría más la concordia -ambos se sonrieron al pronunciar la palabra- si cada cual tuviera un criterio propio, lo que se conseguiría fomentando el conocimiento mutuo y la apertura a otras ideas sin esperar a salir vencedor siempre.

Olga le apoyó diciendo que así debía ser, y añadió que para que el acercamiento de dos móviles que salen de sitios opuestos pueda producirse sin colisión, inevitablemente, pues no hay otro camino, debe realizarse sin prisas, sin exigir, ni siquiera ansiar que el encuentro sea más cerca de A o de B. Tan sólo desear que se produzca.

A Benedicto le encantó la manera tan sencilla como Olga conjugó las matemáticas con la política.

A estos encuentros siguieron otros en los que plenteramente compartían las cosas que a ambos les gustaban. No había ninguna premisa y tampoco compromiso. Nunca se adentraron más allá de la superficie ni se mostraron sus almas.

Una tarde, cuando ya el otoño viste a los árboles con las mejores galas, Olga se propuso revalidar su relación con Benedicto. Era necesario para ella, que valoraba sobre todo a las personas decididas, que, para consolidarla, él debía mostrarse decidido, si no audaz, y manifestarle su amor, con delicadeza pero a la vez, con pasión, con rotundidad.

Benedicto intuyó el requerimiento por el anhelo que mostraba el semblante de ella, pero incapaz de superar su timidez pensaba que si se declaraba de palabra, ella, tan moderna, tan autónoma, podía menospreciarle y se podía frustrar aquella amistad tan reconfortante y que tanto necesitaba.

Tenía en sus manos un librito romántico y al agachar la mirada, temeroso, leyó sin pronunciar palabra:

“...la pareja parecía muda, aunque el interés del uno por el otro quedaba patente por la postura de sus cuerpos. Y él preguntó: - ¿Querrás ser siempre mi amiga?....”

Prolongó el silencio, aterrado, sin saber que hacer. De pronto cogió el rotulador azul y subrayó la pregunta que acababa de leer “¿Querrás ser siempre mi amiga?” deseando

fervientemente que, al pasarle el libro con aquella pregunta remarcada, ella, siguiendo el juego, también marcarse el “Si” que venía a continuación.

Olga tomó en sus manos el libro, empezó a leer, levantó la mirada sobre él sin encontrarle. Cogió el rotulador.....

Benedicto vio cómo lo primero que Olga escribió fue la palabra “No” y de inmediato, sin esgrimir una protesta, sin tan siquiera balbucear una pregunta, se marchó, cabizbajo, farfullando una excusa inteligible.

En el rostro de ella se dibujó la tristeza. Tenía muy claro que por encima de todo quería un compañero luchador, que no cayera vencido a la primera, que hiciera el esfuerzo necesario para conseguir sus objetivos. Desilusionada, ni hizo ademán por retenerle.

Y es que, si Benedicto no se hubiera precipitado, si hubiera al menos mantenido el tipo, habría visto que Olga había completado la frase: “ No, no quiero ser sólo tu amiga. Quisiera ser también tu compañera, tu musa, tu amante”

Las hojas caían sobre las aceras y el otoño, tiempo de melancolía -no sé porqué- lo invadía todo.

Bilbao, otoño de 2002

jmgalante